

Agatha Christie®

EL HOMBRE
DEL TRAJE
COLOR
CASTAÑO



*Pistas y giros inesperados
que solo la **DAMA DEL
CRIMEN** podría imaginar*

AGATHA CHRISTIE

EL HOMBRE DEL TRAJE
COLOR CASTAÑO

Traducción de Guillermo López Hipkiss


ESPASA

The Man in the Brown Suit © 1924 Agatha Christie Limited. All rights reserved.

AGATHA CHRISTIE and the Agatha Christie Signature are registered trademarks of Agatha Christie Limited in the UK and elsewhere. All rights reserved.

www.agathachristie.com

Agatha Christie Roundels Copyright © 2013 Agatha Christie Limited. Used with permission.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de la cubierta: © Ed

Agatha Christie

Traducción de Guillermo López Hipkiss © Agatha Christie Limited. All rights Reserved.

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Primera edición: enero de 2024

ISBN: 978-84- 670-7215-0

Depósito legal: B. 20.833-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: EGEDSA

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Capítulo 1

Todo el mundo me ha estado acosando para que escriba este relato, desde las personas más insignes (representadas por lord Nasby) hasta las más humildes (representadas por Emily, nuestra antigua criada para todo a la que vi la última vez que estuve en Inglaterra). «¡Caramba, señorita, qué libro más bonito podría usted hacer con todo eso...! ¡Igual que en las películas!»

Reconozco que cumplo con los requisitos necesarios para emprender semejante tarea. Me vi mezclada en el asunto desde el mismísimo principio, y también estuve involucrada en su desenlace. Por fortuna, las lagunas que yo no puedo llenar por conocimiento propio quedan cubiertas por el diario de sir Eustace Pedler, que él, en su bondad, me ha suplicado que emplee.

Por tanto, me lanzo. Anne Beddingfeld comienza el relato de sus aventuras.

Siempre había tenido sed de aventuras. ¡Ha sido mi vida de una uniformidad tan monótona y horrible...! Mi padre, el profesor Beddingfeld, fue una de las más grandes autoridades inglesas sobre el hombre prehistórico. En realidad, era un genio, todo el mundo lo reconoce. Su mente vivía en los tiempos paleolíticos y para él era un inconveniente que su cuerpo habitase el mundo moderno. A papá le hacía muy poca gracia el hombre moderno. Hasta despreciaba al hombre neolítico, tildándolo de simple pastor.

Y su entusiasmo solo se despertaba al llegar al periodo musteriense.

Por desgracia, no es posible prescindir por completo del hombre moderno. Algún trato hay que tener con carniceros, panaderos, lecheros y verduleros. Por consiguiente, como papá se pasaba el día sumergido en el pasado y mi madre había muerto siendo yo niña, a mí me correspondía ocuparme de la parte práctica de la vida. Si he que ser sincera, odio al hombre paleolítico, ya sea auriñaciense, musteriense, achelense o cualquier otra cosa. Y, aunque transcribí a máquina y revisé la mayor parte del libro de papá *El hombre de Neandertal y sus antepasados*, los hombres neandertales en sí me repugnan y siempre me digo que es una suerte que se extinguieran en épocas remotas.

Y no sé si papá adivinó mis sentimientos. Es probable que no. Y, en cualquier caso, tampoco le interesaron poco ni mucho. Yo creo que esto era, en realidad, una prueba de su grandeza. Vivía, de igual manera, completamente alejado de las necesidades de la vida diaria. Comía lo que le ponían delante, de un modo ejemplar, pero parecía algo dolorido cuando había que pagarlo. Nunca teníamos mucho dinero. Su celebridad no era de las que rinden beneficios económicos. A pesar de ser miembro de casi todas las sociedades importantes y de tener derecho a colocar detrás de su nombre toda una hilera de letras que expresaban sus títulos honoríficos abreviados, el público en general apenas lo conocía. Y sus voluminosos libros, pletóricos de sabiduría, aunque han contribuido muy señaladamente a ensanchar los conocimientos humanos, no tenían atractivo alguno para las masas.

Solo en una ocasión se centró en él la mirada popular. Había leído una monografía, ante no sé qué sociedad, sobre las crías del chimpancé. En la infancia, la raza humana presenta algunas características del antropoide, mientras que el chimpancé joven se asemeja mucho más al ser hu-

mano que el chimpancé adulto. Esto parece demostrar que, así como nuestros antepasados fueron más simios que nosotros, los chimpancés pertenecían a un tipo más elevado que sus descendientes modernos. En otras palabras: el chimpancé ha degenerado.

El periódico *Daily Budget*, a falta de noticia más jugosa, salió con el siguiente titular: «Nosotros no descendemos de los monos, sino que los monos descienden de nosotros. Un eminente profesor asegura que los chimpancés son seres humanos en plena decadencia». Poco después un periodista se presentó para entrevistar a papá e intentar persuadirlo de que escribiera una serie de artículos divulgativos sobre el tema. Rara vez he visto a papá más furioso. Echó al periodista de casa sin andarse con remilgos, con gran enfado por mi parte, puesto que andábamos bastante mal de dinero por entonces. Es más, a punto estuve de salir corriendo tras el joven para decirle que mi padre había cambiado de opinión y escribiría los artículos que le había solicitado. Habría podido escribirlos yo sin dificultad y lo más probable era que papá jamás hubiese llegado a enterarse, puesto que no solía leer el *Daily Budget*. No obstante, rechacé la idea por ser demasiado arriesgada y me limité a ponerme mi mejor sombrero y salir, desconsolada, en dirección al pueblo para hablar con el dueño de la tienda de comestibles que nos suministraba provisiones, que estaba, y no le faltaba razón, muy molesto con nosotros.

El periodista del *Daily Budget* fue el único joven que entró jamás en nuestra casa. Hubo veces en que envidié a Emily, nuestra criada, que salía de paseo siempre que se le presentaba la ocasión con un gigantesco marinero con el que se había prometido. Y, en los intervalos, «para no desentrenarse», como decía ella, salía con el dependiente de la verdulería y con el joven de la botica. Más de una vez pensé, con tristeza, que yo no tenía a nadie «para no desen-

trenarme». Todos los amigos de papá eran profesores de avanzada edad, casi todos con largas barbas.

Es cierto que el profesor Paterson me abrazó en cierta ocasión, me dijo que tenía «una cinturita primorosa» e intentó luego besarme. El piropo en sí basta para deducir su edad. Ninguna mujer que en algo se estime ha tenido «una cinturita primorosa» desde su más tierna infancia.

Ansiaba aventuras, amor, romanticismos, y parecía condenada a una existencia gris. El pueblo poseía una biblioteca municipal, repleta de mugrientas novelas. Gracias a ellas conocí de segunda mano en qué consisten los peligros y el amor, y me dormí soñando con severos y silenciosos rodesianos y con hombres fuertes que siempre «derribaban a su adversario de un solo golpe». No había en todo el pueblo una sola persona que pareciera capaz de «derribar» a un adversario de un golpe... ni tampoco de varios.

También teníamos un cine en el que todas las semanas proyectaban un episodio de *Los peligros de Pamela*. Pamela era una joven magnífica. Nada la arredraba. Saltaba en paracaídas, corría aventuras en submarinos, escalaba rascacielos y se deslizaba por los bajos fondos sin pestañear siquiera. No era muy inteligente en realidad. La Mente Maestra del hampa la pillaba cada vez. Pero, como parecía reacia a desnucarla de un simple golpe y la condenaba siempre a morir en una cámara llena de gas o víctima de alguna combinación tan nueva como maravillosa, el protagonista siempre lograba salvarla al principio del episodio siguiente. Solía salir yo del cine con la cabeza deliciosamente alborotada.

Y, cuando llegaba a casa, ¡me encontraba con un aviso de la compañía del gas en el que amenazaba con cortarme el suministro si no pagábamos, en el plazo improrrogable señalado, la cuenta pendiente!

No obstante, y aunque yo no lo sospechaba, cada hora

que transcurría me acercaba más al momento en que estaba destinada a correr las más emocionantes aventuras.

Es posible que haya mucha gente en el mundo que no se enterara del hallazgo de una calavera antigua en la mina de la Colina Quebrada, al norte de Rodesia. Cierta mañana, al bajar de mi cuarto, encontré a papá muy agitado, parecía a punto de sufrir un ataque de apoplejía. Me contó la historia.

—¿Comprendes, Anne? Tiene sin duda cierto parecido superficial..., superficial nada más. No, aquí tenemos lo que siempre he sostenido: la forma ancestral de la raza neandertal. ¿Sabes que el cráneo de Gibraltar es el más primitivo de cuantos cráneos neandertales se han hallado? ¿Por qué? La raza tiene su origen en África y pasó a Europa...

—¡Mermelada en los arenques, no, papá! —dije apresuradamente, conteniendo la mano de mi distraído progenitor—. ¿Qué estabas diciendo?

—Pasó a Europa en...

Lo interrumpió un fuerte acceso de tos, provocado por haberse llenado demasiado la boca de espinas del arenque de su almuerzo.

—Hemos de ponernos en marcha de inmediato —declaró, poniéndose en pie, al terminar la comida—. No hay tiempo que perder. Hay que llegar hasta allí. Sin duda existen descubrimientos incalculables por hacer en los alrededores. Me interesa mucho saber si los utensilios que se encuentran son típicos de la época musteriense... Habrá restos del buey prehistórico, seguramente, aunque no del rinoceronte lanudo. Sí, no tardará en salir con rumbo a esa colina un pequeño ejército. Es preciso que nos adelantemos a él. ¿Escribirás a la agencia Cook hoy mismo, Anne?

—Pero ¿y el dinero, papá? —insinué con cierta delicadeza.

Me miró con aire de reproche.

—Tu punto de vista siempre me deprime, criatura. No hemos de ser sórdidos. No, no; cuando de la causa de la ciencia se trata, uno no debe ser mezquino.

—Tengo el presentimiento, papá, de que la agencia Cook será muy miserable.

Papá pareció dolorido.

—Mi querida Anne, a esos señores les pagarás con dinero contante y sonante.

—No tengo dinero contante y sonante.

Papá pareció exasperado.

—Hija mía, no puedo preocuparme de detalles tan vulgares como el dinero. El banco... Ayer recibí una comunicación del gerente en la que me anunciaba que poseía veintisiete libras esterlinas.

—No que las poseías, sino que las debías. Sacaste del banco veintisiete libras más de las que tenías.

—¡Ah! ¡Ya sé! Escribe a mis editores.

Asentí, bastante dubitativa. Los libros de papá daban más gloria que dinero. Me gustaba mucho la idea de poder ir a Rodesia. «Hombres severos y silenciosos», murmuré para mis adentros, en verdadero éxtasis. Luego, noté algo en el aspecto de mi padre que me pareció extraño.

—Llevas puestas botas desparejadas, papá —le dije—. Quítate la de color y ponte la otra negra. Y no olvides la bufanda. Hace un día muy frío.

Unos minutos más tarde papá se marchó, calzado correctamente y bien envuelto en una bufanda.

Regresó tarde aquella noche, y con gran consternación observé que no llevaba ni la bufanda ni el abrigo.

—¡Caramba, Anne, tienes muchísima razón! Me quité todo eso para entrar en la caverna. ¡Uno se ensucia tanto allí dentro!

Asentí recordando la ocasión en que papá había vuelto cubierto de pies a cabeza de arcilla pleistocena.

El principal motivo de que nos hubiéramos instalado en

Little Hampsley era la proximidad de la Caverna de Hampsley, una cueva llena de elementos de la cultura auriñaciense. Teníamos un pequeño museo en el pueblo, y su conservador y papá se pasaban la mayor parte de sus días metidos bajo tierra y sacando a la luz fragmentos de rinoceronte lanudo y de oso de las cavernas.

Papá tosió mucho toda la noche, y a la mañana siguiente vi que tenía fiebre y mandé llamar al médico.

Pero nada se pudo hacer. Era pulmonía doble. Murió cuatro días más tarde.